

## Crear un solo mundo



**Peter Blaze Corcoran** es Profesor de Estudios Ambientales y Educación Ambiental de la Universidad Florida Gulf Coast, donde funge como Director del Centro para la Educación sobre el Medio Ambiental y la Sostenibilidad. Ha ocupado puestos académicos en College of the Atlantic, Swarthmore College y Bates College en los Estados

Unidos. También ha sido profesor visitante en Australia y en los Países Bajos. Trabaja extensamente en la educación ambiental internacional con énfasis en las naciones insulares del Pacífico Sur. Corcoran, uno de los fundadores de la Asociación para la Sostenibilidad de la Educación Superior Global, ha dirigido recientemente las consultas con los participantes de la educación terciaria en muchas regiones del mundo. Fue Presidente de la Asociación Norteamericana para la Educación Ambiental. Actualmente, funge como Miembro Honorario en Educación para la Sostenibilidad de los Líderes Universitarios para un Futuro Sostenible en Washington D.C. y es Asesor Principal para la Iniciativa de la Carta de la Tierra en San José, Costa Rica. Su libro más reciente se titula *Higher Education and the Challenge of Sustainability: Contestation, Critique, Practice, and Promise* (La educación superior y el desafío de la sostenibilidad: Contestación, crítica, práctica y promesa) y fue publicado en el 2004 en los Países Bajos por Kluwer Academic Press.

La Tierra es una pero el mundo no lo es. Todos dependemos de una sola biosfera para el sustento de nuestras vidas. Sin embargo, cada comunidad, cada país, lucha por su supervivencia y prosperidad, con poco interés por el impacto que cause a los demás. Algunos utilizan los recursos de la Tierra a un ritmo tal que dejarían poco para las futuras generaciones. Otros, en cantidad aún mayor, consumen demasiado poco, y viven con un panorama de hambre, miseria, enfermedad y muerte prematura.

*Our Common Future* (Nuestro Futuro Común), 1987, p. 27

Una generación ha pasado desde que la Comisión Mundial sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo presentara de manera célebre el concepto de una integración del medio ambiente y del desarrollo que fuera sostenible, “que busca satisfacer las necesidades del presente sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras de satisfacer sus propias necesidades”.<sup>1</sup> Este concepto, brillante y a la vez problemático, ha enmarcado un gran debate con el cambio de milenio. El tema más relevante de nuestros tiempos es descubrir si es posible hallar el camino hacia la sostenibilidad y cómo hacerlo.

Qué clase de mundo le heredaremos a los jóvenes y qué valores les transmitiremos se han convertido en preguntas épicas. La verdad trágica que señala la Comisión Brundtland es bien sabida pero con frecuencia ignorada.

Le pedimos prestado capital ambiental a futuras generaciones sin la intención ni la posibilidad de reintegrarlo.... Actuamos así porque sabemos que no seremos sancionados: las futuras generaciones no votan, no tienen poder político ni financiero; no pueden poner en tela de juicio nuestras decisiones. Pero los resultados del libertinaje actual rápidamente están acabando con las opciones para futuras generaciones. (p. 8)

Ciertamente, la sostenibilidad es un prospecto en decadencia. Los pronósticos sombríos y alarmantes del futuro de la vida sobre la Tierra tal como la conocemos, crean un gran sentido de urgencia para la acción. No obstante, en casi todos los lugares vemos como las instituciones gubernamentales e intergubernamentales han fracasado en tomar medidas eficientes. En el caso de mi propio y poderoso gobierno estadounidense, observamos una política general de *no* emprender acciones para resolver los problemas más graves, como es un cambio de clima antropógeno. Realmente, esta política es tan fuerte que ha alterado las conclusiones científicas que demuestran la seriedad de los problemas. Y lo que es aún más peligroso, esta política contempla el rechazo de todos los acuerdos internacionales que podrían llevar a acciones efectivas hacia un mundo sostenible.

Pero, ¿qué podemos hacer frente a tal urgencia y tal ineficacia gubernamental e incluso, intransigencia? Ciertamente, como nos

enseñaron los pueblos indígenas, tenemos una responsabilidad ética de no impedir el futuro acceso a la belleza y generosidad de la Tierra. Debemos trascender generaciones para darnos cuenta de la desigualdad tan profunda y la pérdida irreversible de oportunidades que esto representa. Tampoco debemos condenarlos —ni condenarnos— a un futuro degenerado. Realmente, creo que tenemos una responsabilidad intergeneracional de proveer medios de vida sostenibles. Debemos asegurar, mediante nuestras acciones, un futuro esperanzador para el cincuenta por ciento de la población mundial que es menor de veinticinco años.

Ha sido demostrado que bien podemos suplir las necesidades básicas de todos y ciertamente al hacerlo podríamos hallar empleo satisfactorio y sostenible para la juventud actual. El proceso de los Objetivos de Desarrollo del Milenio nos muestra el camino para aliviar el sufrimiento de los mil millones de hermanos nuestros que viven en extrema pobreza. Pero, ¿estamos *dispuestos* a hacerlo? ¿Mediante qué criterio o políticas podremos avanzar hacia un mundo sostenible?

Ya para 1987, la Comisión Brundtland sabiamente reconoció la necesidad de “...una nueva carta para orientar el comportamiento estatal en la transición hacia un desarrollo sostenible” (p. 332). Esta carta, por supuesto, fue la Carta de la Tierra, convirtiéndose en la guía para mucho más que sólo el comportamiento estatal. Como se puede apreciar en este libro, para algunos se tornó en una guía para una vida ética. Para otros se convirtió en un marco de valores para las políticas empresariales o públicas. Para aún otros se tornó en un pacto para cuidar de la Tierra y de los demás.

La Carta de la Tierra es una visión incluyente y ética que puede orientar las acciones de cualquier índole hacia un mundo sostenible en el que reconocemos nuestra responsabilidad y destino mutuo. Nos muestra el camino hacia un mundo que es uno, así como la Tierra también es una.

Este libro señala cómo las personas han creado consenso sobre los valores compartidos para un mundo mejor y están tomando medidas para alcanzar esta visión esperanzadora. Pues la esperanza no es algo dado; aún está por crearse. La Carta de la Tierra es un “arca de esperanza”; es un receptáculo que abraza nuestras esperanzas para un mundo mejor. Nos ayuda a comprender cómo sería un mundo justo, pacífico y sostenible.

Estoy convencido de que necesitamos esta visión esperanzadora de un mundo sostenible. Los principios de la Carta de la Tierra son producto de un proceso exitoso de crear consenso sobre valores ampliamente compartidos. Estos valores esenciales, tan claramente expresados en los principios de la Carta de la Tierra, nos ofrecen mucho para continuar trabajando en pro de alcanzar un mundo sostenible. Estos valores son substantivos y específicos. Los principios de la Carta de la Tierra manifiestan claramente los valores éticos comunes que son compatibles con muchas creencias indígenas, perspectivas mundiales, religiones y filosofías seculares. Nos ayudan a interpretar nuestras creencias a la luz del peligroso rumbo

que ha tomado nuestro camino actual de desarrollo no sostenible. Estos valores se expresan como una ética cívica global de derechos y deberes específicos. Según mi experiencia, al manifestar las preocupaciones y valores comunes, la Carta de la Tierra proporciona una visión justa. Por ser parte de un proceso participativo e inspirador, abrigamos la esperanza de que esta visión sea viable. Al manifestar concretamente una visión de desarrollo sostenible, nos ofrece un camino hacia adelante para alcanzarla. La Carta de la Tierra fija el rumbo hacia ese camino, inspirándonos a seguirlo mediante la acción.

Resulta fácil hablar de crisis de injusticia social y pobreza, de conflictos violentos y de desastres ambientales que causan tanto sufrimiento a todas las formas de vida. El mundo agoniza y conforme abusamos impróvidamente de su capacidad de sustento, también la Tierra agoniza. Este libro relata las historias de aquéllos que están haciendo algo para resolver estas crisis. Asimismo, muestra la gran diversidad de usos que tiene la Carta de la Tierra y señala las muchas posibilidades futuras para su uso general. Los ensayos temáticos y descriptivos de todas partes del mundo hablan sobre acciones inspiradas en la ética de la Carta de la Tierra y demuestran su utilidad en diversos contextos culturales. También muestran su compromiso de trabajar a través de la divisoria entre los hemisferios norte y sur, a través de las tradiciones religiosas, las naciones y las generaciones.

Los escritores incluyen a aquellas personas de renombre cuyas acciones dentro de un marco ético se han visto realizadas por su trabajo con la Carta de la Tierra. Los autores también incluyen a aquéllos poco conocidos fuera de sus círculos, cuya firmeza heroica de poner la Carta de la Tierra en acción a menudo pasa desapercibida, pero que ha sido de vital importancia. Varios ensayos han sido escritos por gente joven que participan en la gran aventura de poner en acción sus esperanzas y aspiraciones por un mundo mejor inspirados en la Carta de la Tierra. Es mediante estos escritores, tomados en conjunto, que reconocemos que éste es un movimiento de los pueblos, así como la Carta de la Tierra es un tratado de los pueblos.

Es mi deseo que este libro resalte las formas en que la Carta de la Tierra ha sido utilizada. También confío en que muestre la eficacia de la Carta de la Tierra en los campos del derecho internacional, religión, diplomacia, educación, comercio, orden público y en muchos otros, y que señale el camino hacia su creciente uso. Finalmente, es mi deseo que usted, como lector, aporte su propia creatividad a este esfuerzo de poner la Carta de la Tierra en acción, que *usted* viva la Carta de la Tierra y así, se una al proceso de definirla como un documento viviente. ●

#### Notas

1 Comisión Mundial sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo. (1987). *Our Common Future* (p. 8). Oxford: Oxford UP. La Comisión fue presidida por Gro Harlem Brundtland, por lo que se conoce informalmente como la Comisión Brundtland.